

REFLEXIONES SOBRE LA PRERREVOLUCIÓN BRASILEÑA *

Celso Furtado **

(Brasil)

EL PRESENTE Y EL FUTURO

En mis contactos con la juventud universitaria de todo el Brasil, en el año que acaba de terminarse, pude observar las grandes ansiedades que dominan los espíritus. Se ha hecho aguda la conciencia de que el país se encamina hacia transformaciones de gran alcance; que bajo nuestros pies, como una corriente profunda, trabajan fuerzas insondables. Y todos, o casi todos, los jóvenes desean comprender lo que está ocurriendo, pretenden participar conscientemente de esas transformaciones, quieren asumir una posición activa y poder contribuir a moldear un porvenir que les pertenezca por excelencia. Aunque indecisa e insegura muchas veces, la juventud tiene confianza. Y está exigiéndonos a todos una definición clara de posiciones: que sepamos escoger con valentía los objetivos y métodos que habremos de utilizar en la lucha por la conquista del futuro.

Permítaseme, pues, que utilice esta oportunidad para hacer algunas reflexiones en torno de cuestiones que me fueron planteadas por hombres y mujeres jóvenes, recién salidos de las universidades de varias regiones del Brasil. Presento estas reflexiones como una declaración personal franca, para que podamos continuar un diálogo muchas veces interrumpido, cuando apenas habíamos tocado lo esencial.

La primera de esas cuestiones se refiere al desmedido costo social del desarrollo que se viene realizando en el Brasil. El análisis económico se limita a exponer fríamente la realidad. Sabemos que el desarrollo ocurrido en los últimos decenios —y del que nos enorgullecemos tanto— en nada benefició a tres cuartas partes de la población del país. Su característica principal ha sido una creciente concentración social y geográfica del ingreso. Las grandes masas que trabajan en los campos y constituyen la mayor parte de la población brasileña prácticamente no obtuvieron beneficio alguno de ese desarrollo. Más aún: esas masas vieron reducirse, en términos relativos, su nivel de vida, en comparación con el de los grupos sociales ocupados en el comercio y en otros servicios.

El operario industrial, que representa una especie de clase media dentro de la sociedad brasileña, creció numéricamente en términos relativos y, sin embargo, no mejoró de modo perceptible su nivel de vida. También

* Conferencia pronunciada en São Paulo, Brasil, el 25 de enero de 1962.

** El autor, antiguo economista de la CEPAL, es actualmente el coordinador del programa de desarrollo del nordeste del Brasil, en su calidad de Superintendente de la SUDENE.

hubo aquí un empeoramiento relativo, pues con el gran aumento del empleo urbano en los servicios, los obreros presenciaron la ascensión relativa de otros grupos sociales de ingresos más altos.

Pero no es sólo en lo que respecta a la concentración del ingreso donde el desarrollo viene presentando aspectos sociales extremadamente negativos. En efecto, a causa del anacronismo de la estructura agraria, ese desarrollo provocó en muchas partes un aumento relativo de la renta de la tierra, premiando a grupos parasitarios. A falta de una política consciente que preservase la acción del Estado y su carácter social, se improvisó, en nombre del desarrollo, una estructura de subsidios que muchas veces premió de preferencia las inversiones superfluas, o aquellas que permitían —dada la distribución del ingreso y los precios relativos— una concentración aún mayor en manos de grupos privilegiados. Por medio de la simple donación de capital, los subsidios cambiarios y crediticios transfirieron hacia unas pocas manos grandes riquezas sociales.

En el plano político-administrativo las distorsiones son todavía más evidentes. La ampliación de la acción estatal que aparejó el desarrollo, no habiendo sido acompañada de las necesarias reformas básicas del propio Estado, aumentó enormemente el coeficiente de desperdicio. Por otro lado, la acción creciente del Estado en el campo de las inversiones, conjugada con aquella ineficiencia, creó condiciones propicias a la apropiación ilícita del capital a costa del pueblo. Los grandes contratos de obras públicas pasaron a ser fuente corriente de acumulación rápida de fortunas dentro y fuera del gobierno.

Comprendo la indignación de la juventud ante ese cuadro: ahí están supuestos representantes del pueblo elegidos por los contratistas de obras; ahí está la alianza de la máquina feudal con las partidas presupuestarias produciendo parlamentarios que van a votar otras partidas con fin idéntico. Esos hechos que antiguamente constituían las reglas ocultas del juego, hoy resultan transparentes incluso para los más ingenuos.

Podría objetarse que antes era peor: las elecciones eran formales y una oligarquía decidía por cuenta propia lo que había de llamarse voluntad del pueblo. Pero esa objeción ya no vale para los jóvenes de hoy. Todos saben que si las cosas son tan transparentes es porque está a nuestro alcance poder cambiarlas. Que si sabemos donde está el defecto somos culpables si no tratamos de erradicarlo.

Y ahí está la otra faz —el lado positivo— del desarrollo: éste trajo para dentro del país sus centros de decisión, lo amó para autodirigirse, le impuso la conciencia del propio destino, le hizo responsable de lo que él mismo tiene de erróneo.

En el fondo de nuestra intranquilidad presente encontramos esta verdad simple: sabemos dónde están los errores de nuestro desarrollo desordenado, sabemos que está a nuestro alcance poder eliminarlos o aminorarlos

y tenemos conciencia de ello. Por eso somos responsables y por eso nos sentimos intranquilos.

UNA FILOSOFÍA DE LA ACCIÓN

Pero los jóvenes de hoy no se limitan a diagnosticar la realidad presente. El análisis no tiene otro objetivo que proporcionarnos una guía para la acción. En efecto, el propio análisis apunta hacia la necesidad de actuar. La conciencia de que somos responsables por mucho de lo errado y anti-social que nos rodea, crea un estado de intranquilidad que sólo puede ser superado por la acción.

Éste es un segundo punto en el cual me gustaría detenerme: la necesidad de una filosofía que nos oriente en la acción. Mucha gente dentro y fuera del Brasil me ha preguntado por qué se da tanta penetración del marxismo en la actual juventud brasileña. La razón es simple: en cualquiera de sus variantes, el marxismo permite traducir el diagnóstico de la realidad social en normas de acción. Debemos abordar ese asunto con absoluta franqueza si pretendemos mantener un diálogo eficaz con la juventud idealista y actuante de esa época. ¿Qué viene a ser el marxismo para una gran parte de nuestra juventud? Creo que podemos encerrarlo en unas cuantas actitudes, con independencia del análisis que las fundamente:

a) el reconocimiento de que el orden social existente se basa en buena medida en la explotación del hombre por el hombre, fundando el bienestar de una clase, que abriga muchos parásitos y ociosos, en la miseria de la gran mayoría;

b) el reconocimiento de que la realidad social es *histórica*, y por consiguiente está en permanente mutación, debiendo el orden presente ser superado;

c) el reconocimiento de que es posible identificar los factores estratégicos que actúan en el proceso social, y ello abre las puertas a la política consciente de reconstrucción social.

Del último punto se desprende una actitud positiva y optimista con respecto a la acción política, que responde perfectamente a las ansiedades de la juventud.

Si vamos a la esencia de esa filosofía, encontramos, por un lado, el deseo de liberar al hombre de todas las ataduras que lo esclavizan socialmente, permitiéndole que se afirme en la plenitud de sus potencialidades; por otro lado, descubrimos una actitud optimista con respecto a la autodeterminación consciente de las comunidades humanas. Trátase, en última instancia, de una etapa superior del humanismo, pues colocando al hombre en el centro de sus propias preocupaciones reconoce con todo que la plenitud del desarrollo del individuo sólo puede alcanzarse mediante la orientación racional de las relaciones sociales.

Cualquiera que sea el nombre que se le atribuya, es imposible comba-

tir frontalmente esa doctrina, pues encierra las ansiedades profundas del hombre moderno. Sus raíces más vigorosas vienen del humanismo renacentista, que volvió a colocar en el ser humano el foco de su propio destino, y su optimismo congénito emana de la Revolución Industrial que proporcionó al hombre el control del mundo exterior.

Si pretendemos mantener un diálogo fecundo con la nueva generación, debemos entendernos sobre lo que es en realidad fundamental. Relegaremos a un segundo plano aquello que es simplemente operacional y que, por definición, tiene que subordinarse a los fines buscados. Por ejemplo: no sería posible atribuir más que un carácter operacional a la propiedad privada de los medios de producción, a la empresa privada. Estamos todos de acuerdo en que la empresa privada es simplemente una forma descentralizada de organizar la producción y que debe estar subordinada a criterios sociales. Siempre que exista conflicto entre los objetivos sociales de la producción y la forma de organización de ésta en empresa privada, será necesario tomar medidas para preservar el interés social. Por otro lado, a medida que se va alcanzando mayor abundancia en la oferta de bienes—esto es, en las etapas superiores del desarrollo—, menor importancia van teniendo las formas de organización de la producción y mayor es el control de los centros del poder político. Estos últimos son los que dictan, en última instancia, las normas de distribución y de utilización del ingreso social, en forma de consumo público y privado.

Cabe por lo tanto preguntar: ¿cuáles son los objetivos fundamentales en torno de los que podríamos unirnos, esto es, que son irreducibles porque constituyen los elementos últimos de nuestra concepción de la vida? Creo que es de absoluta importancia que establezcamos con claridad esos objetivos, pues de lo contrario confundiremos medios con fines, o transformaremos en nuestros fines aquello que para otros no son sino medios. Tenemos derecho de hacer esta reflexión independientemente del problema de la preeminencia rusa o americana con respecto a los destinos del mundo. Subordinar el futuro de nuestra cultura a las conveniencias de orden táctico de uno u otro de los grandes centros de poder militar moderno es considerar la lucha perdida de antemano, dada la carencia total de objetivos propios finales. Debemos estimar como un dato de la realidad objetiva contemporánea el *impasse* existente entre los polos del poder político-militar. Considerarlo como un dato, significa que está fuera de nuestro alcance modificar en forma decisiva la relación de fuerzas. Cualquiera que sea nuestra posición, debemos reconocer que la solución última de ese *impasse* no podrá ser anticipada, ya que la guerra seguirá presentándonos como una actitud de desesperación, de pérdida total de la fe en el futuro del hombre. La eficacia máxima de cualquier modificación en nuestra posición, desde el punto de vista del gran *impasse*, será simplemente de orden táctico. De esta forma, aquello que para nosotros podrá significar

la definición de los fines últimos, tiene sólo importancia secundaria desde el punto de vista de los grandes intereses del poder mundial.

El reconocimiento de esa realidad nos impone el deber supremo de definir con claridad los objetivos de nuestra acción política en función de nuestro propio destino de pueblo y cultura. En otras palabras: nuestra impotencia ante el *impasse* mundial tiene como reverso un mayor margen de libertad en lo que respecta a la determinación de los objetivos propios. Y como suele acontecer, ese margen mayor de libertad trae consigo una conciencia más clara de responsabilidad.

Sobre ese telón de fondo de autodeterminación y conciencia de responsabilidad debemos proyectar los objetivos irreductibles de la acción política. Creo que esos objetivos podrían traducirse fácilmente en términos del análisis anterior en las expresiones humanismo y optimismo con respecto a la evolución material de la sociedad. Para decirlo en forma más corriente: libertad y desarrollo económico.

He usado la palabra humanismo porque la libertad puede ser entendida también en términos del individualismo del siglo xix, en que lo individual, muchas veces, se contraponía a lo social. Pero no dudemos un instante de que lo que está en el centro de todas las aspiraciones e ideales de la juventud actual es un auténtico humanismo. Lo que preocupa a la juventud es el aspecto antihumano de nuestro desarrollo; es el hecho de que el contraste entre el desperdicio y la miseria se torne más agudo cada día. Ahí están esas poblaciones rurales que viven sobre la tierra, pero no pueden plantar para comer y pasan hambre casi todos los días del año. Ahí están esas ciudades capitales de estados con un 10 % de su población registrado en los hospitales como tuberculosa. Y sabemos que todo eso puede ser remediado, que ha desaparecido ya en gran parte del mundo. Por ello, lo que constituye el centro de la preocupación de los jóvenes es el hombre, la angustia ante su envejecimiento y la conciencia de que somos corresponsables por esa abyección.

En sentido estricto, el desarrollo económico es un medio. Con todo, constituye un fin en sí mismo, un elemento irreductible de la forma de pensar de la nueva generación, la convicción de que el ensanchamiento de las bases materiales de la vida social e individual es condición esencial para la plenitud del desarrollo humano. Estamos en posición antitética a la leyenda del buen salvaje. No nos seducen los mirajes de "una nueva Edad Media". No nos conmueven las inquietudes de aquellos que ven en el progreso técnico las simientes de destrucción del "hombre esencial". Rasgo específico de la nueva generación es ese optimismo con respecto al desarrollo económico, esa confianza de que la lucha por el dominio del mundo exterior no es sino el camino de la conquista del hombre por sí mismo, el desafío final a sus potencialidades de ser superior.

LOS FINES Y LOS MEDIOS

Llegamos aquí al punto central de nuestras reflexiones: definidos los verdaderos objetivos, ¿cómo ponernos de acuerdo para la acción? ¿Cómo evitar que la lucha por objetivos intermedios o secundarios nos haga perder de vista los auténticos fines? Es este un problema extremadamente complejo, pues la experiencia histórica de los últimos decenios creó la sensación en los países subdesarrollados de que hay una opción forzosa entre libertad individual y rápido desarrollo material de la colectividad. Esa falsa alternativa ha sido presentada por contendores situados a ambos lados de la controversia, esto es, en defensa de la libertad o del bienestar de las masas.

En efecto: es un hecho más o menos evidente que el rápido desarrollo material de la Unión Soviética —hasta hace poco país subdesarrollado— se basó parcialmente en métodos antihumanos. Las apropiaciones de los excedentes agrícolas, destinadas a financiar el desarrollo industrial, fueron hechas *manu militari*, mediante la colectivización obligatoria y la represión violenta de toda resistencia. Para justificar ese método radical, se creó la “teoría” de que el campesino es fundamentalmente individualista y que la única forma de superar su “individualismo” es imponer la colectivización. Teoría de la salvación por el castigo. Sin embargo, todos sabemos que la productividad agrícola se deriva principalmente del nivel técnico de la agricultura; que ningún “individualismo” campesino puede contraponerse a la elevación de ese nivel técnico, y que el ingreso real del sector agrícola está determinado por los precios relativos de lo que produce y de lo que compra el campesino. La apropiación directa del producto excedente del sector campesino, realizada en la Unión Soviética, se debió al hecho de que ése era el método más fácil administrativamente. Y por esa facilidad administrativa se pagó el enorme precio en vidas humanas ya conocido. Más aún, aunque dejásemos de lado la dolorosa experiencia agraria soviética, habría que reconocer como evidencia universal que el rápido desarrollo económico de los países de economía colectivista ha estado acompañado de formas de organización político-social en que se restringen todas las formas de libertad individual más allá de los límites de lo que consideramos tolerable. Esas restricciones, aunque se acepten voluntariamente en las fases de ardor revolucionario es difícil que puedan tolerarse como formas normales de convivencia humana.

Hay que reconocer, no obstante, que desde el punto de vista de las masas de los países subdesarrollados, el argumento de la experiencia histórica de los países socialistas, con su pérdida de libertad individual, ha sido de reducido alcance. Y ha sido así porque esas masas, como no han tenido acceso alguno a formas superiores de vida pública, no pueden comprender el verdadero alcance de ese argumento. Más aún: la supuesta alternativa

libertad-desarrollo rápido puede resultar peligrosa para la libertad como aspiración colectiva, pues podría inferirse que la libertad a que tiene acceso una minoría se paga con el sacrificio del bienestar de grandes mayorías. Si llegásemos a admitir como una tesis válida que el desarrollo económico de los países socialistas fue la contrapartida del cercenamiento de las libertades cívicas, deberíamos también aceptar como verdadero el corolario de que el precio de la libertad que gozamos se paga con el retardo del desarrollo económico general.

Aun menos eficaz —desde el punto de vista de las masas de los países subdesarrollados— es la versión más directa del argumento según el cual el desarrollo de los países socialistas se está obteniendo con enorme costo humano, inclusive mediante formas de trabajo semiesclavo. Lo que ocurre es que los pueblos subdesarrollados están dispuestos a pagar un precio, por el desarrollo, aun cuando ese precio sea muy alto. Y esto porque saben, a través de la dura experiencia de la miseria en que viven, el precio altísimo que pagan por continuar subdesarrollados. ¿Cuántos millones de vidas son segadas anualmente en un país como el Brasil por culpa del subdesarrollo? ¿Cuántos millones de vidas se ven consumidos por el hambre y por el desgaste físico que provocan las formas primitivas de trabajo, antes de que alcancen la plena madurez? ¿Cuántos millones de seres humanos no tienen acceso a la alfabetización o a cualquier otra oportunidad de participar en las manifestaciones media y superior de la cultura? Son pocos entre nosotros los que tienen plena conciencia del carácter antihumano del subdesarrollo. Cuando lo comprendemos, nos explicamos fácilmente por qué las masas están dispuestas a hacer todo para superarlo. Si el precio de la libertad de algunos debiera ser la miseria de muchos, estemos seguros de que sería escasa la probabilidad de que permaneciésemos libres.

Si tuviésemos que aceptar como real esa alternativa, estaríamos frente a un *impasse* fundamental, derivado de una contradicción entre los objetivos últimos, vale decir, entre las metas que deseamos alcanzar. La explicación colateral de que esa contradicción puede superarse mediante el sacrificio de las generaciones presentes en beneficio de las futuras es totalmente falaz, pues no podemos estar seguros de que los valores destruidos hoy puedan reconstruirse mañana. A menos que aceptemos la teoría lineal, según la cual a cada grado de desarrollo material de la sociedad corresponde otro de desarrollo de los demás valores, teoría ésta que implicaría el abandono del objetivo humanístico que antes formulamos, pues sólo el desarrollo económico sería variable independiente en nuestro sistema de filosofía social.

La universalidad con que se viene insistiendo en la referida doctrina se debe a que ésta ha sido deducida de manera diferente por contendores antagónicos. Aquellos que se dicen defensores de la libertad la deducen del hecho de que las modificaciones estructurales en el orden social —necesari-

rias para una rápida aceleración del desarrollo de los países subdesarrollados— sólo han sido viables mediante la supresión de las libertades fundamentales del hombre. Aquellos que argumentan del lado opuesto deducen la misma alternativa del otro hecho histórico de que el único método eficaz para introducir las modificaciones sociales necesarias en un desarrollo rápido ha sido la revolución de tipo marxista-leninista, que exige por su naturaleza la implantación de una rígida dictadura. Se reconoce así por ambos lados que las transformaciones sociales son causa eficiente de la aceleración del desarrollo material en los países subdesarrollados. Por una parte, se comprueba que esas transformaciones, allí donde han surgido, vienen acompañadas por la supresión de las libertades fundamentales. Por otra, se postula que el método eficaz para lograr tales transformaciones engendra la dictadura.

La discusión en torno a este punto de tanta importancia, ha sido oscurecida por una gran confusión de conceptos, inconsciente o intencionada. Ahora es más necesario que nunca que hagamos una clara distinción entre aquellos objetivos últimos, de los que no debemos alejarnos en la lucha por el perfeccionamiento de las formas de convivencia social —que fueron incorporados a la filosofía social de Marx, pero que constituyen elementos de una concepción más amplia del mundo y que está en gestación en el Occidente desde el Renacimiento— y de las técnicas elaboradas para la consecución total o parcial de esos objetivos. El marxismo-leninismo es una de esas técnicas. Postula la inevitabilidad de la revolución violenta, dirigida por un partido de profesionales de la revolución, debiendo el nuevo orden asegurarse por un régimen dictatorial que perdurará durante un periodo de transición de duración indefinida. No debe olvidarse que esa técnica fue forjada y perfeccionada en la lucha por la destrucción de una estructura político-social totalmente rígida como era el zarismo. La experiencia histórica de los últimos decenios ha demostrado que, aplicada contra otra estructura rígida —la China nacionalista y de la ocupación japonesa, la Cuba de Batista serían ejemplos conspicuos—, esa técnica revolucionaria, que exige disciplina espartana en la base y la audacia de dirección de un Alejandro, puede ser de elevada eficacia.

Sin embargo, no puede decirse lo mismo con respecto a las sociedades abiertas. El ejemplo de la Europa occidental parece ser concluyente: grandes máquinas partidarias de orientación marxista-leninista quedaron traumatizadas frente a una realidad político-social en permanente mutación. La explicación de ese hecho histórico no es difícil: el marxismo-leninismo reconoce en el Estado —que define como “fuerza especial de represión”— la dictadura de una clase: la burguesía. La unidad de acción revolucionaria está facilitada por la clara definición del objetivo. Pero a partir del momento en que el Estado deja de ser simple dictadura de clase, para transformarse en un sistema compuesto y representativo de varias clases —aun-

que sea bajo la dirección de una— aquella técnica revolucionaria pierde eficacia. La necesidad de discriminar entre lo que el Estado hace bien y hace mal, desde el punto de vista de una clase, exige una capacidad de adaptación que no puede tener un partido revolucionario monolítico.

De la experiencia histórica cabe concluir que solamente allí donde la revolución de tipo marxista-leninista tuvo éxito, fueron alcanzadas profundas transformaciones sociales, causa eficiente de un gran desarrollo económico. Por otro lado, la misma experiencia histórica indica que la revolución de ese tipo únicamente tuvo lugar donde la estructura político-social era rígida y anacrónica. De la conjunción de esas dos observaciones de base histórica surge aquella falsa alternativa. Donde hubo revolución social había ya dictadura. Y el método empleado para destruir la dictadura traía implícita la necesidad de sustituirla por otra. De ahí que unos hayan deducido que las transformaciones sociales engendran pérdida de las libertades fundamentales, y otros que la aceleración del desarrollo sólo puede garantizarse por un régimen dictatorial.

DUALIDAD DE LA ESTRUCTURA POLÍTICO-SOCIAL BRASILEÑA

Consideremos ahora de frente el problema brasileño. A la luz de la experiencia histórica no es difícil explicar por qué la clase campesina en el Brasil es mucho más susceptible de ser trabajada por técnicas revolucionarias del tipo marxista-leninista que la clase obrera, aunque esta última, desde el punto de vista de la ortodoxia marxista, debería ser la vanguardia del movimiento revolucionario. Y es que la nuestra es una sociedad abierta para la clase obrera, pero no para la campesina. En efecto, nuestro sistema político permite que la clase obrera se organice para lograr sus reivindicaciones dentro de las reglas del juego democrático. La situación de los campesinos es completamente diferente. Como no poseen derecho alguno, no pueden tener reivindicaciones *legales*. Si se organizan, se deduce que lo hacen con fines subversivos. La conclusión que tenemos que sacar es que la sociedad brasileña es rígida en aquella gran parte que constituye el sector rural. Y con respecto a esa porción es válida la tesis de que son eficaces las técnicas revolucionarias marxistas-leninistas.

Llegamos así a una conclusión de extraordinaria importancia para nosotros: la existencia de una dualidad en el proceso revolucionario brasileño. En la medida en que vivimos en una sociedad abierta, la consecución de los supremos objetivos sociales tiende a asumir la forma de aproximaciones sucesivas. En la medida en que vivimos en una sociedad rígida, esos objetivos tenderán a alcanzarse por ruptura cataclísmica.

Me voy a permitir una reflexión más sobre métodos revolucionarios: basándose el marxismo-leninismo en la sustitución de una dictadura de clase por otra, constituiría un retroceso —desde el punto de vista político—

aplicarlo a sociedades que hayan alcanzado formas de convivencia social más complejas, es decir, a las modernas sociedades abiertas. Ese retroceso se traduciría en sacrificio de los objetivos mismos que antes definimos como esenciales. Si es verdad que la ampliación de la base material traída por el desarrollo facilita al hombre una vida más plena, no es menos cierto que la forma de organización político-social constituye el marco dentro del cual se afirman las manifestaciones superiores de la vida del hombre. Aunque sea probable que en el futuro coexistan el pleno desarrollo material y las formas de organización político-social capaces de permitir la plena afirmación de los valores humanos, no ocurre así necesariamente en la etapa histórica en que nos encontramos. Haber logrado formas superiores de organización político-social representa una conquista por lo menos tan definitiva cuanto haber alcanzado un nivel elevado de desarrollo material. Desde este punto de vista, en una sociedad abierta en que se hayan alcanzado complejas formas de convivencia social, la revolución de tipo marxista-leninista representa un obvio retroceso político. La experiencia histórica ha mostrado que cuando ello ocurre —y ése es el caso de algunos países de Europa Central— el socialismo como forma de humanismo se pervierte. No siendo posible pasar de una sociedad abierta hacia una dictadura sin crear un clima de frustración social, se produce una reversión de valores en muchos planos. No permitiendo el régimen dictatorial que el hombre ocupe el papel que le cabe en la sociedad, se hace necesario elevar al primer plano una serie de mitos sociales que se sobreponen a los verdaderos valores humanos. En esa forma el desarrollo material puede marchar paralelamente con la consolidación de un orden social basado en principios que son lo contrario de aquello que estaba en la esencia de los ideales revolucionarios humanísticos.

Si deseamos llegar al meollo de los problemas que tenemos que enfrentar, debemos formular claramente esta pregunta: ¿qué viabilidad tiene la revolución brasileña de llevarse a cabo por los métodos marxistas-leninistas? Creo que existen dos posibilidades de que eso ocurra. La primera está ligada al problema agrario. No debemos olvidar que más de la mitad de la población brasileña está directamente ligada al sector rural. En la medida en que éste conserve su actual rigidez, todo movimiento reivindicatorio que surja en los campos tenderá a asimilar rápidamente técnicas revolucionarias del tipo marxista-leninista. Tenemos así, en la corriente del proceso revolucionario brasileño, un importante sector de vocación marxista-leninista que podrá prevalecer en determinadas condiciones. La consecuencia práctica sería el predominio en la revolución brasileña del sector de menor evolución político-social. Por lo tanto, los auténticos objetivos de nuestra evolución político-social —definidos antes, en términos de humanismo— se verían parcialmente frustrados de antemano.

La segunda posibilidad de llevar a cabo una revolución de tipo mar-

xista-leninista está ligada a un retroceso político-social. Observamos que ese tipo de revolución es poco viable en una sociedad abierta, a menos que sea impuesta de fuera para adentro, como ocurrió en algunos países de Europa Central. Sin embargo, no se excluye la posibilidad de un retroceso en nuestra organización político-social. La imposición de una dictadura de derecha, haciendo rígida toda la estructura político-social, crearía condiciones propicias para una efectiva regimentación revolucionaria del tipo marxista-leninista. Aun en este caso, lo más probable es que tendiese a predominar el sector revolucionario agrario. Con todo, la sustitución de una dictadura por otra, sería mucho más fácil que la imposición de una dictadura al sector social urbano que estuviese disfrutando de formas superiores de organización político-social. Sin las condiciones objetivas determinadas por un retroceso político-social en el país, la única posibilidad de revolución del tipo marxista-leninista se deriva de la persistencia de una estructura agraria anacrónica.

DIRECTRICES PARA LA ACCIÓN

Creo que ya avanzamos suficientemente para atrevernos a desprender de todo lo anterior algunos principios que puedan guiarnos en la acción política. No tendremos dificultad en ponernos de acuerdo con respecto al objetivo fundamental, que es el hombre en su plenitud, libertado de todas las formas de explotación y sujeción. Somos humanistas por encima de todo. Ese objetivo sólo podrá alcanzarse si nos organizamos socialmente para llegar a mantener un elevado ritmo de desarrollo económico y si ese desarrollo se lleva a cabo con verdadero criterio social.

Para efectuar esa política dentro de la realidad brasileña presente, es menester introducir con decisión importantes modificaciones en nuestras estructuras básicas. Como no nos preparamos para esas modificaciones y las ansiedades colectivas se agudizan día a día, transformando el desarrollo en imperativo político, hemos pasado a vivir una auténtica fase prerrevolucionaria. Así pues, las técnicas de transformación social y los métodos revolucionarios ocupan en la actualidad el primer plano de las preocupaciones políticas.

En vista del grado de desarrollo alcanzado por nuestra estructura social y política, debemos considerar como un retroceso los métodos revolucionarios que necesariamente desemboquen en formas políticas dictatoriales bajo la égida de clases sociales, grupos ideológicos o estructuras partidarias rígidas. Para evitar la preeminencia de técnicas revolucionarias de ese tipo, es necesario:

- a) prevenir toda forma de retroceso en nuestro sistema político-social, y
- b) crear condiciones para un cambio rápido y eficaz de la anacrónica estructura agraria del país.

Estas directivas de orden general deberán detallarse en normas concretas de acción. Para evitar un retroceso social no basta desear que no ocurra: es necesario crear condiciones de carácter preventivo. El retroceso en la organización político-social no vendrá al caso, sino como reflejo del pánico de ciertos grupos privilegiados ante la creciente presión social. No permitiendo las estructuras rígidas adaptaciones graduales, la marea de las presiones tenderá a crear en su subida situaciones precataclísmicas. Frente a esas condiciones los grupos dominantes se ven presos del pánico y se lanzan a soluciones de emergencia o golpes preventivos. En cambio, si las modificaciones fueran progresivas o graduales, el sistema político-social resistiría.

La tarea fundamental en el momento presente consiste, por lo tanto, en dar mayor elasticidad a las estructuras. Tenemos que caminar con audacia hacia cambios constitucionales que permitan realizar la reforma agraria y modificar básicamente la maquinaria administrativa estatal, el sistema fiscal y la estructura bancaria. Tenemos que subordinar la acción estatal a una clara definición de objetivos de desarrollo económico y social, correspondiendo al parlamento establecer directivas, pero retirando a los políticos locales el poder de discriminar partidas presupuestarias. Tenemos que dar al gobierno medios para castigar efectivamente a aquellos que malversan fondos públicos, controlar el consumo superfluo y dignificar la función de servidor del Estado. Debemos tener un estatuto legal que discipline la acción del capital extranjero, subordinándolo a los objetivos del desarrollo económico y de la independencia política. El gobierno tiene que disponer de medios para conocer el origen de todos los recursos aplicados en los órganos que orientan la opinión pública. Y sobre todo debemos lograr un plano de desarrollo económico y social que esté a la altura de nuestras posibilidades y en consonancia con las ansiedades de nuestro pueblo.

¿Qué debemos hacer para transformar en normas de acción esos deseos y aspiraciones? Creo que la tarea más inmediata es organizar la opinión pública para que se manifieste orgánicamente. Cabe a los estudiantes, a los obreros, a los campesinos, a los intelectuales —quizá a los campesinos a través de sus organizaciones incipientes— iniciar el debate franco sobre aquello que esperan de los órganos políticos del país. Los problemas más complejos deben ser objeto de estudios sistemáticos por grupos de especialistas, y las conclusiones a que se llegue habrán de someterse a debate general. El país está maduro ya para comenzar a reflexionar sobre su propio destino. De los debates generales y de las manifestaciones de la opinión pública deberán surgir las plataformas que servirán de base a la campaña política para la elección este año de un nuevo parlamento.

Estoy convencido de que corresponde una vez más a la juventud la dirección de esta gran movilización de la opinión pública nacional por la auténtica causa del desarrollo de nuestro país.